

cual imaginaban guardar su vida, suspensa con majestad no usada sobre los ocasos de su gloria. Pero equivocáronse tristemente. Un proscrito del mundo romano era un proscrito del mundo universal. No había más que Roma en la tierra. Durante aquella noche devorada en su triste hogar, debió Cicerón resolver allá por su mente, cuasi encendida en la fiebre, mil extraños proyectos. Ya pensó en irse á casa de Antonio y retarle para que se atreviera con él, como si Antonio, acompañado del diablo de Fulvia, tuviera en su alma conciencia y en su corazón capacidad para ningún movimiento generoso. Luego pensó en irse ante Octavio y allí matarse, como si Octavio no fuera capaz de mirar en su muerte voluntaria el suicidio artístico de cualquier buen actor del teatro público, y después de muerto, apartarlo con el pie para que no le oliese mal. Los sicarios y centuriones iban acercándose á la madriguera. El ojeo de aquella taca de hombres lo exploraba todo y todo lo descubría. La servidumbre del orador no quiso entregarlo. Por honor suyo lo recogió de nuevo, lo metió mal de su grado en litera y lo condujo á la costa. Mientras ellos huían, acercábanse á la puerta los malvados centuriones. Para que todo resulte aborrecible de suyo en estas trágicas incidencias, dirigía la turba de sicarios un oficial á quien Cicerón salvara la vida con su elocuencia. Llamaron y no abrieron los pocos servidores allí restantes. Viendo la resistencia, rompieron la puerta y penetraron. Pero no hubo medio de arrancar á la fidelidad religiosa de la gente aquella doméstica el camino de su amo. ¡Ay! La naturaleza humana debía ofrecer otro ejemplo más en esta edad horrorosa de perversión profunda. Un joven liberto á quien redimiera Quinto de la esclavitud y educara con amor y cuidado Cicerón, señaló á los infames sicarios el camino que tomara su presa. Próximo á la ribera, casi en las arenas ya, y á vista del mar, Cicerón advirtió que le seguían, y tras tal advertencia decidióse á morir. Los esclavos bajaron la triste litera del orador á tierra y se pusieron en línea para defenderlo con su cuerpo y ofrecerle todos á una la vida en evitación de su muerte. Mas no quiso el orador combatir ya más tiempo con la fatalidad. Y les prohibió toda tentativa de ataque y defensa. Sentado en su litera con serenidad imperturbable levantó el brazo, y poniendo la barba sobre su mano, como al meditar en sus largos estudios y reflexiones, miró frente á frente la historia que tenía tras de sí, la eternidad que tenía delante. Después de haber visto con la escudriñadora mirada penetrante del espíritu su fugaz pasado y su perdurable porvenir, tendió á los asesinos el cuello y guardó el golpe. Aquellas gentes perversas no se contentaron con el asesinato; infligían también las burlas. Así chacotearon mucho, como si estuvieran en vil taberna, delante del armatoste donde agonizaba la mayor gloria romana, y se rieron del traje descompuesto, del rostro sucio, del cabello desgredado que llevaba el orador en su fuga. Inmóvil éste, sin género alguno de impaciencia por morir, pero sin temor á la muerte, opuso indiferencias estoicas á los preparativos del suplicio y á las burlas del sicario, como si tuviera cerrados los ojos y los oídos á la vida y abierto el

pensamiento lleno de ideas á la inmortalidad. Al acercarse á tanta grandeza el verdugo, varios de sus ayudantes retrocedieron con horror y ocultaron la cara entre las manos. El oficial se puso por tal manera nervioso que no acertaba con su obra. El instrumento de su oficio se le caía de las manos. Tres veces puso el filo de su espada en aquel cuello y tres veces lo apartó. Las torturas que infligieron á Cicerón y las ansias que le causaron en su agonía no son para dichas. Mas él no lanzó una queja. La espada se melló en sus huesos y nervios, convirtiéndose así en una especie de sierra. Al fin y postre, después de muchos esfuerzos, consiguieron degollarlo, y degollado, lo trucidaron como á una bestia en el madero. Y se repartieron los despojos cual si fueran provechables. Cabeza y manos pasaron á poder del capitán, que debía regalárselos á Fulvia. En efecto, presentados á ésta, reabrió la boca de donde saliera la mayor elocuencia oída por los romanos, y picó furiosa con su alfiler de oro la incomparable lengua que había vibrado en los aires las filípicas. Antonio colmó de dinero aquellas manos infames del inmundo esbirro que le trajeron las manos creadoras y divinas del inmortal orador. La cabeza que había resplandecido con tantas ideas; los restos que debían flotar eternos en el naufragio de aquella Roma, cancelada por el despotismo é invadida por los bárbaros en castigo á sus crímenes, ¡ay! la cabeza y los restos permanecieron colgados en la tribuna de los Rostros, á la vista del pueblo, sin que llegaran á conmover al pueblo: tan bajos y perversos hace á los hombres el conformarse con la tiranía. Arrancaron á Cicerón su lengua y á Roma su libertad; pero le arrancaron el alma. Todo cuanto había nacido en la república fué grande; pero todo cuanto nació en el imperio, excepción hecha de las almas valerosas que protestaban contra la tiranía, fué miserable y pequeño. Ya no hubo tribuna, ya no hubo las agitaciones consiguientes á la libertad, pero tan poco hubo artes; ni ciencias, ni letras, ni heroísmo, ni grandeza, porque todo quedó, todo, marcado con el sello de la decadencia. En cuanto á Fulvia, casada primero con Clodio, muerto á manos de las facciones romanas; casada luego con Curión, vencido en Africa por Juba; casada luego con el infame Antonio, sufre bien pronto un inesperado castigo. El esposo, astiado de su imperio, se precipita en brazos de Cleopatra; y el yerno, aquel Octavio que ya se juzgaba dictador absoluto, quiere para sí todo el imperio. Fluvia entonces, para impeler de nuevo su marido al tálamo y á la casa, para deponer á Augusto del trono y del altar, Emperador y Dios, ciñe un casco, blande una espada y se pone al frente de unos veteranos, consiguiendo tan sólo morir de fiebre y desesperación en Sicione.

Hemos presentado todas estas fases de la vida romana, con objeto de que vea quien las leyere, cómo especies tales de sucesos no son solamente á la democracia francesa congénitos, son propios de todos los tiempos y lugares, cuando sobreviene un estallido social y se rejuvenece ó se renueva un pueblo. Sacrificios y holocaustos en el paso de los reyes á los patricios de Roma; sacrificios y holocausto en el paso de los patricios á los plebeyos;

sacrificios y holocaustos en la revolución social que ha de dar al plebeyo condiciones materiales de vida tras las condiciones políticas del derecho; sacrificios y holocaustos cuando la revolución social se organiza en tan mudable dictadura del Imperio; sacrificios y holocaustos mostrando que siempre y en todas partes el parto social acompaña el dolor y la sangre. Yo no puedo comprender que haya quien imagine las piedras feudales amontonadas por siglos de siglos, cayéndose á su propia pesadumbre, sin que los terremotos y erupciones de una revolución profunda las agite primero y luego las disperse por tierra. Un soplo no podía extinguir el fuego de la Inquisición; se necesitaba un huracán. El viejo poder absoluto había por tal modo arraigado sus raíces en los abismos, que para extraerlas necesitábase arrastrar con ellas parte de la tierra donde se dilataban y extendían. Mayorazgos y vínculos, amortización y realengos, tasa de los precios, impedimentos á la circulación de los productos, privilegios congénitos á las castas, prestaciones feudales, horca señorial, siervo del terruño; todos estos monstruos y todas estas abominaciones jamás hubieran desaparecido sin estremecimientos como los que produjeron sus maldecidas bases en el suelo de Francia. Tended la vista desde los primeros á los últimos tiempos de la Historia, desde uno á otro polo de nuestro planeta y veréis cómo ninguna fase política y social de verdadera importancia se ha excusado, ni podido excusarse del tributo de terror y de sangre prestable al progreso como al trabajo el sudor y como la pena y los dolores á todos los esfuerzos humanos. Será la lógica real como quieren los metafísicos; será la Providencia divina, como quieren los teólogos; pero existe una histórica ley, á cuyo imperio ninguna edad podrá jamás sustraerse.



CAPITULO TRIGÉSIMO

Los derechos humanos.



El triunfo de la revolución sobre los fuertes y fortaleza de la Bastilla prepara el momento, quizás más divino de la Historia; el momento en que, reunidos los procuradores del pueblo francés en su Asamblea Constituyente, proclaman principios universales, á toda condición del espacio y á toda circunstancia del tiempo superiores. congénitos con el humano espíritu, quien merced á su virtud, se encarna y desarrolla en las libres sociedades modernas, por lo cual recobra el hombre su sér, pues los derechos naturales nacieron al nacer la especie nuestra; y por más que haya hecho la tiranía para escarnecerlos y extinguirlos, durarán lo que dure nuestra vida y nuestra existencia en el planeta. ¡Cuánto han ganado las relaciones humanas desde fines del siglo décimo quinto á fines del siglo décimo-octavo! El descubrimiento de América no se conoce por Europa bien, ó se conoce á medias tras la vuelta de Colón del primer viaje; y la noticia de que ha triunfado la libertad corre como un relámpago por todas las regiones y aviva un espíritu nuevo en todos los pueblos. A la Humanidad interesaba el descubrimiento de América, lo mismo que interesaba el derribo de la Bastilla; pues, en verdad, sin aquel hecho no hubiera sucedido éste, dado el enlace lógico de los hechos sociales en serie y en sistema; pero la sociedad realmente no estaba tan unida, ni tan despierto su espíritu, al salir del feudalismo y entrar en la monarquía, como al salir de la Enciclopedia y entrar en la revolución. Lo mismo la razón humana colectiva que el sentimiento común humano, representado éste por las Letras, y aquella por la